

PALABRAS DEL GANADOR A LA TERCER EDICIÓN DEL PREMIO
LIBERTADOR AL PENSAMIENTO CRÍTICO ISTVÁN MÉSZÁROS

“Plumas llevadas por tormenta”: Bolívar, el Libertador y nosotros

¡Señor Presidente! ¡Compañeras y compañeros!

Ser asociado de este modo con El Libertador es el honor más grande de mi vida de casi ochenta años.

Así deseo decir algunas palabras acerca del Libertador y nosotros.

Bolívar llamó a la igualdad “la ley de las leyes”, agregando que “sin ella perecen todas las libertades, todos los derechos. A ella debemos hacer los sacrificios”. Y así lo profesó sin vacilar. Y para probar con hecho la validez de estos principios y creencias profundamente sostenidos, no dudó ni un instante en liberar a todos los esclavos de sus propias fincas, resuelto como estaba a dar la más amplia base social posible a la lucha para una completa e irreversible emancipación de ese orden colonial tan profundamente enraizado. En su magnífico discurso al Congreso de Angostura, en febrero de 1819, enfatizó la liberación de los esclavos como el más fundamental de todos sus decretos y órdenes, diciendo:

Yo abandono a vuestra soberana decisión la reforma o la revocación de todos mis estatutos y decretos, pero imploro la confirmación de la libertad absoluta de los esclavos como imploraría mi vida y la vida de la República.

Y esto lo hizo varias décadas antes de que el tema vital y humano de la emancipación de los esclavos apareciera y, parcialmente, se asentara en Norteamérica.

Como un contrapeso necesario, no sólo a la “Santa Alianza”, que incluía también a España, sino mucho más importante, a la creciente ambición imperial de los Estados Unidos de Norteamérica. Bolívar trató de constituir una duradera Confederación de naciones latinoamericanas. No debe sorprender, sin embargo, que los esfuerzos que dirigiera hacia ese objetivo resultasen, no sólo frustrados, sino totalmente anulados por el cada vez más poderoso país del norte y sus aliados.

Lo que necesariamente se requería para hacer realmente viable el orden social dado era la transformación de todo el tejido social, más allá incluso de

medidas como la emancipación legal de los esclavos. No sorprende, entonces, que buscando a tientas las soluciones requeridas para las cuales los tiempos históricos no habían llegado todavía. Bolívar encontrará gran hostilidad incluso en aquellos países latinoamericanos a los que rindió inigualables servicios y por los que fue honrado en ese tiempo con el título único de *Libertador*. De allí que, a pesar de lo intolerable que hoy parezca, tuviera que pasar sus últimos días en trágico aislamiento.

En cuanto a sus adversarios en los estados Unidos de Norteamérica, quienes se sintieron amenazados por el despliegue de su ilustrada concepción de la igualdad -tanto respecto a las políticas internas como a la conducción de las relaciones entre los Estados- estos no dudaron en condenarlo y catalogarlo como “el peligroso loco del Sur”.

Con un notable *sentido de la proporción*: una virtud absolutamente indispensable para cualquiera y especialmente para las grandes figuras políticas que tengan el privilegio, en nuestras sociedades, de tomar decisiones que afecten profundamente la vida de incontables personas, Bolívar dijo de sí mismo que era “una pluma llevada por la tormenta”. Este tipo de juicio sobre el papel en la sociedad no podría ser más extraño para los apologistas del orden social y político establecido, a quienes les gustaría hacer imposible cualquier cambio significativo en la institución, ya sea producido por tormentas sociales, o de manera gradual, a pesar de los elogios que a veces se hacen de esta última. Más aún, esas personas están invariablemente comprometidas en la fútil tarea de tratar de deshacer los cambios que ya se han asentado en el curso del desarrollo histórico. Así continúan empeñados en negar que pueden haber *causas* reales y de profundo arraigo detrás de esas erupcionantes tempestades políticas y sociales que llevan en sus alas, como “plumas” bolivarianas figuras políticas que insisten con pasión radical en la necesidad de cambios sociales fundamentales. Y cuando nuestros incurables apologistas no pueden ya cerrar sus ojos ante el hecho de la irrupción periódica de tormentas sociales, prefieren atribuirlo a la “irracionalidad”; a la aceptación por parte de la muchedumbre de un “populismo absurdo” y cosas semejantes, pretendiendo con ello dar una respuesta racional al desafío que se supone debe encarar, cuando en realidad huyen del problema mismo. Tienen que hacerlo así, porque no poseen el menor sentido de la proporción, ni podrán nunca obtenerlo.

Sin embargo, la verdad del asunto es que los logros duraderos y radicales sólo pueden ser *construidos acumulativamente* y de manera consciente y sostenida, bajo la apropiación significativa de una tradición progresiva que preceda los intentos en curso, y que se mantenga apuntando en la misma dirección, a pesar de todas las adversidades. Ni la naturaleza de lo que pueda ser verdaderamente construido sobre esa base, y por tanto positivamente apropiado, ni la dirección total y a largo plazo del desarrollo histórico de la humanidad en sí mismo, pueden ser escogidas arbitrariamente.

Nuestro universo social está desbordado por inmensos problemas, tanto respecto a la siempre creciente ola de explosivas desigualdades heredadas del pasado, como respecto a la creciente e insostenible intromisión del modo de reproducción metabólica social del capital en la naturaleza, que nos amenaza con un desastre ecológico. Estas son las razones por las cuales los intentos reaccionarios y conservadores de revertir la dirección del tiempo histórico están destinados a fracasar a la larga, puesto que son *estructuralmente incapaces* de producir los logros acumulativos, sin importar los éxitos que puedan imponer temporalmente a la sociedad –debido a las predominantes pero siempre más inestables relaciones de poder, que implican cada vez más y más formas represivas de control, incluso en países tradicionalmente democráticos- al costo de grandes sufrimientos infligidos a centenares de millones de personas. Ni la invasión, ni la represión intensificada pueden hacer su supuesto trabajo indefinidamente, puesto que ambas son, a la larga, prodigal y catastróficamente inútiles. Los tremendos problemas de nuestro universo social deben ser confrontados, más tarde o más temprano, en sus dimensiones sustantivas, en oposición al *camuflaje formal de democracia y libertad*, con el cual estamos todos familiarizados.

Como todos sabemos muy bien, las tormentas históricas que arrastran plumas como Simón Bolívar, pueden temporalmente extinguirse sin cumplir la promesa original. Los objetivos propuestos incluso por las más distinguidas figuras históricas, pueden ser realizados sólo cuando llega verdaderamente su tiempo. A pesar de su trágico aislamiento final, la contribución de Bolívar para resolver algunos de los más grandes desafíos de su tiempo, y de una manera claramente identificable también de los nuestros, es monumental, así como fue la de José Martí en Cuba, quien siguió sus huellas. No podemos triunfar sin construir conscientemente sobre el legado que ellos nos han dejado como tarea para el futuro, redefinido en el presente de acuerdo con las circunstancias predominantes. En sus llamados al pueblo, en algunas ocasiones vitales, Bolívar puso de relieve su convicción de que “El día de la América ha llegado, y ningún poder humano puede retardar el curso de la naturaleza, guiado por la mano de la Providencia”. Hacia el final de su vida tuvo que reconocer que, trágicamente, el día de la América que había vislumbrado, no había llegado todavía.

El principal impedimento a este respecto fue el agudo contraste entre la unidad política de los países latinoamericanos defendida por Bolívar y los constituyentes profundamente conflictivos y opuestos de su microcosmos social. Dado el hecho de que los microcosmos sociales estaban desgarrados por antagonismos internos, los más nobles y elocuentes llamados a la unidad política sólo podían funcionar mientras la amenaza representada por el adversario colonial español fuera aguda. Pero por sí sola, esta amenaza no podía remediar las contradicciones internas del microcosmos social dado. Ni tampoco la situación podía ser radicalmente alterada por la previsoramente

identificación, por parte de Bolívar, del nuevo peligro: “los Estados Unidos de Norte América parecen destinados por la Providencia a plagar la América de miseria a nombre de la Libertad”. Un peligro aún más fuertemente subrayado, en el mismo espíritu, por José Martí sesenta años más tarde.¹ Ambos fueron tan realistas en sus diagnósticos de los peligros, como generosos al abogar por una solución ideal para los graves problemas de la humanidad. Bolívar propuso una manera de reunir a todas las naciones de la humanidad en un conjunto armonioso en el istmo de Panamá, convertido en capital de nuestro globo del mismo modo en que “Constantino quiso hacer de Bizancio la capital del antiguo hemisferio”,² y Martí, cuando insistió en que “patria es humanidad”.

Si, ¡“patria es humanidad”!

Pero cuando estos ideales fueron formulados, los tiempos históricos todavía apuntaban en la dirección opuesta: hacia la aterradora intensificación de los antagonismos sociales y del horrendo derramamiento de sangre de dos guerras mundiales surgidas de aquellos antagonismos. Más aún, la concomitante amenaza que pesa sobre nuestros días es más grande que nunca. En verdad, es *cualitativamente* mayor, porque lo que está en juego hoy en día es nada menos que la propia supervivencia de la humanidad. Naturalmente eso no hace obsoletos en sí mismos los ideales largamente defendidos. Muy al contrario, sólo hace resaltar su creciente urgencia. No obstante, es tan cierto hoy como lo fue en tiempos de Bolívar que no se puede encarar el funcionamiento sostenible del *macrocosmos* social de la humanidad sin vencer los antagonismos internos de su *microcosmos*: las células constitutivas conflictivas y opuestas de nuestra sociedad bajo el modo de control metabólico social del capital. Ya que un macrocosmos cohesionado y socialmente viable es solamente concebible sobre la base de las correspondientes y humanamente gratificantes células constitutivas de las relaciones interpersonales.

Hoy las circunstancias históricas son fundamentalmente diferentes en relación a los tiempos de los triunfos de Bolívar y de su trágica derrota final. Son diferentes en tanto el interviniente desarrollo social e histórico ha puesto en la agenda la realización de los objetivos anteriormente negados, en un doble sentido. Primero, abriendo la *posibilidad* de instituir un macrocosmos potencialmente armonioso a escala *global*, más allá de los conflictos devastadores de las pasadas confrontaciones entre Estados que tuvieron que culminar en los saqueos del imperialismo. Es esta la *posibilidad* que el Foro Social Mundial está tratando de enfatizar con su recurrente llamado “Otro

¹ Ver José Martí, “Discurso” pronunciado en el Hardman Hall de Nueva York, el 10 de octubre de 1890, y “La Verdad sobre los Estados Unidos”, Patria, 17 de abril de 1884.

² “Acaso sólo allí podrá fijarse algún día la capital de la tierra, como pretendió Constantino que fuese Bizancio la del antiguo hemisferio”.

mundo es posible". El segundo aspecto de la misma proposición es inseparable del primero, removiendo la vaguedad de todo discurso que está confinado sólo a la *posibilidad*. Pues si la *posibilidad* en cuestión no indica un grado de *probabilidad* y de *necesidad*, no puede significar nada en lo absoluto. En nuestro presente contexto, el cohesivo y globalmente sustentable macrocosmos social defendido –en agudo contraste con toda la deseosamente promovida pero irrealizable propaganda capitalista sobre la “globalización” neoliberal- es inconcebible sin definir teóricamente y articular prácticamente las células constitutivas del intercambio social de una *manera genuinamente socialista*.

Es así como la *necesidad* y la *posibilidad* se combinan en una unidad dialéctica en el universo social históricamente específico de nuestros días. Posibilidad, porque sin vencer las determinaciones estructurales de los antagonismos irreconciliables del capital –frente al cual se ha levantado el proyecto socialista en el curso del desarrollo histórico de la humanidad- es bastante fútil soñar siquiera con instituir un universo social globalmente sostenible. Y *necesidad* –no una especie de fatalidad mecanicista, sino una necesidad literalmente vital e irreprimible- porque la aniquilación de la especie humana es nuestro destino su en el curso de las pocas décadas venideras, no logramos la *erradicación total del capital* de nuestro establecido modo de reproducción metabólica social. La lección principal de la implosión soviética es que solamente podemos esperar la restauración capitalista si la definición de socialismo en términos de echar fuera el estado capitalista no es sustituida por la tarea mucho más fundamental y difícil de erradicar el capital del orden social entero.

La tarea de una renovación radical no se reduce de ninguna manera a América latina. Los movimientos sociales y políticos de la izquierda europea, así como los de Norteamérica, están también en la necesidad de una importante revalorización de sus estrategias pasadas y presentes, en vista de sus dolorosas derrotas en las últimas décadas. El fermento político y social claramente identificable surgido en América Latina, que se remonta a los tiempos de la Revolución Cubana y que se manifestó durante décadas en muy variadas partes de ese continente, no sólo en Venezuela, tiene mucho que decir sobre la pregunta fundamental: “¿qué debe hacerse?”. Precisamente por esa razón debemos abrir nuestros ojos y expresar nuestra solidaridad completa con la renovación creativa de la tradición Bolivariana en Venezuela de las últimas dos décadas.

En ese espíritu yo los abrazo a todos.

¡Venceremos!